

regulador de las relaciones sociales, trae consigo una nueva variable dentro del sistema que tiene por ello que desterritorializarse del centro a la periferia e implica una ampliación de los poderes del Estado codificador y de la maquinaria capitalista a escala mundial. Un complejo político-militar-económico garantiza la extracción de plusvalía humana en las zonas periféricas, a cambio de una movilización de recursos de capital de conocimientos (información, tecnología, ciencia). Los Estados socialistas no son sino los aprendices y herederos del Estado capitalista, sin la capacidad de recuperación que este último ha aprendido a desarrollar. Desterritorializando, por un lado, la sociedad capitalista aprende a reterritorializar en otros lados, neo-arcaísmos con aplicación moderna, actualizados.

El delirio universal se ve forzado a tomar dos direcciones: una corriente de flujos con sobrecarga paranoica reaccionaria y una corriente de flujos con cargas esquizofrénicas y revolucionarias. El triángulo edípico constituye la territorialidad íntima y privada que corresponde a todos los esfuerzos de reterritorialización social del capitalismo. Esta representación límite se ha convertido en la representación ideal misma del deseo en tal tipo de sociedades.

Es por eso que la tarea fundamental del *esquizo-análisis* es invertir el teatro de la representación, encontrando bajo los fantasmas individuales la naturaleza de los fantasmas de grupo, los agentes colectivos y las imágenes que forman los mecanismos propios de la psique y de la sociedad.

Edipo es, antes que nada, la idea de un paranoico adulto antes de convertirse en un sentimiento infantil de neurosis. La esquizofrenia no se reduce ni se encierra en los marcos de la matriz familiar, y su flujo parte en la dirección del cosmos histórico o del caos histórico, en contra de la castración paranoica edípica.

En cierta medida la esquizofrenia y la paranoia son los productos límites que el capitalismo puede producir. La primera como una estructura de un cuerpo sin órganos, sin organismo, y la segunda como un cuerpo pleno, integrado como un organismo estable. La sociedad impone como base para su estructuración, la identificación del individuo con un sexo. El esquizo-análisis propone, por lo contrario, que cada quien asuma todos los sexos que su mecanismo de producción de deseos le ofrezca. En el psicoanálisis institucional al entrar al gabinete del analista todo está jugado de antemano: lo imaginario y lo simbólico, lo imaginario edípico y su estructura edipizante, la identidad imaginaria de personas y la unidad estructural de las maquinarias. Es F. Lacan el primero que busca una nueva vía; esquizofrenizar el campo analítico en lugar de edipizar el campo psicótico. Tanto Fromm como Reich se quedaron cortos en sus críticas al psicoanálisis ya que éste no sólo es un aparato burocrático y militar de represión social, sino que también es un mecanismo de absorción de la plusvalía, instrumento intrínseco de la maquinaria del capital. La antipsiquiatría fue bastante lejos con Laing y Cooper en el sentido del rechazo a la psiquiatría y el psicoanálisis institucional; sin embargo no ha logrado liberar todos los flujos del movimiento esquizoide de desterritorialidad que conduzcan a la abolición de la locura (y no a su conversión en "enfermedad mental"). El *esquizo-análisis* se propone renovar esa tendencia para llevarla más allá de los límites alcanzados por la

antipsiquiatría. El punto de fusión de la maquinaria revolucionaria, la maquinaria artística (en su sentido radical), la maquinaria científica y la maquinaria esquizo-analítica serán las piezas de una maquinaria que concluirá por crear el teatro de la crueldad donde la desterritorialidad se lleve a cabo. El proceso esquizofrénico encierra los gérmenes de una revolución posible en contra de la tendencia paranoica cuyos flujos son conformistas, reaccionarios y fascistoides. Es necesario para ello que los esquizoides se resistan a dejarse edipizar, y que lleven a cabo su desneurotización producida por la represión a que están expuestos socialmente, es decir, que se deshagan de todo familiarismo, se desfalicen, descastricen, se deshagan del teatro de la ilusión y de los fantasmas, descodifiquen, desterritorialicen, y lleven a cabo un descubrimiento real del campo social en que se encuentran injertados.

Este es, en suma, el tratado de Guattari y de Deleuze que nos hemos propuesto reseñar.

Alberto Ruz B.

FURTAQ, Robert K. *El partido de la revolución y la estabilidad política en México*, México, UNAM, FCPyS, 1974, 210 pp.

La Revolución Mexicana de 1910 aparece ante nuestros ojos como un doble movimiento histórico: el de una insurrección campesina generalizada, puesta en pie de guerra civil como única posibilidad de alcanzar sus objetivos mediatos e inmediatos; y el de un movimiento reformista propiamente urbano que se consolidaba ante todo como un movimiento político, puesto en armas como única alternativa de desarraigar los vicios inherentes a la dictadura porfirista que la hacían posible.

Esta doble movilización llevó a la multipolarización de la Revolución Mexicana, en tanto que las bases programáticas del movimiento reformista se aseguraban únicamente mediante el ascenso y la retención del poder político, y el rápido fenechimiento del movimiento campesino insurreccional se convirtió en una mera asonada política regional y local debido a la escasa participación política que en tanto lucha de clases le otorgaba su misma base programática ideológica.

La multipolarización del movimiento revolucionario y el escaso alcance político programado de las asonadas revolucionarias locales y regionales, convirtió al movimiento revolucionario en un caos político donde fulguraban los grandes ascendientes de los caudillos principales. Los asesinatos continuados de Carranza, Obregón, Zapata y Villa llevaron a esta etapa turbulenta de nuestra historia a la consolidación del poder militar en forma de maximato político. Esta forma de asunción del poder político en base a los caudillos que aún mantenían cierto prestigio, cristalizó principalmente con Calles.

El gran atributo del maximato político y del caudillismo, consistió (y acaso consiste aún) en la institucionalización de sí mismo como el poder político en turno y como la encarnación revolucionaria propiamente dicha, en las figuras de los diferentes personajes de cada etapa.

De allí, de esta institucionalización del poder militar, de-

vino la fuerza necesaria e imprescindible para configurar la institucionalización misma de la revolución. Esta etapa hace posible asimismo la aparición y consolidación del poder militar y burocrático como la única forma de supervivencia y desarrollo de la revolución múltiplemente polarizada. Los grandes *slogans* de justicia social y de participación democrática devienen de este periodo. La dictadura burocrática militar, empero, para no poder desconocerse a sí misma como la continuidad revolucionaria, tuvo que instituirse como partido en el poder mediante la fundación del Partido Nacional Revolucionario y su consecuente evolución en Partido Revolucionario Mexicano y Partido Revolucionario Institucional. De esta forma se consolidaba la extraña simbiosis de partido, nación, gobierno y Estado, como la solitaria alternativa de desarrollo del poder político revolucionario.

Esta simbiosis y su consecuente evolución, es lo que hace posible la estabilidad política del país en torno a la dictadura burocrática militar y al continuismo embozado del caudillismo y maximato de épocas pasadas. Esta forma de juego culmina en la institucionalización y evolución del poder político como única forma de supervivencia.

Con estas premisas la dictadura del proletariado y su alianza con el campesinado y las clases sociales medias favorables a ella, no se dio como posible. Queda fuera de discusión aquí el porqué de esta situación. Acaso lo que cabe apuntarse es que esta situación *de facto* ha hecho posible la evolución de la relativa paz pública y el sometimiento y aglutinación de cualquier opción verdaderamente revolucionaria a los designios de la dictadura burocrático-militar en el poder.

La obra de Furtak que nos ocupa, no parece conocer plenamente esta situación así plasmada. En ella, el recorrido descriptivo está plenamente logrado, pero carece de una interpretación de los recursos necesarios si se intentara iniciar cualquier cambio programado, aunque, de hecho, es preciso reconocer que el autor que nos ocupa no se ha propuesto hacer un análisis interpretativo de la evolución revolucionaria en cuestión, y arrojar una proposición dada para cualquier opción revolucionaria. Es necesario reconocer, además, que el mérito principal de la obra está en su sinopsis de la evolución del poder político revolucionario. No hay nada más allá de esta limitación.

Otra cosa que cabe mencionar y que es de especial relevancia, es que con este libro Furtak se suma como autor a gentes que como Vernon, Brandenburg, Hansen, Tannenbaum, Lewis, han hecho de su analítica el mejor divisadero de la perspectiva histórica del poder político revolucionario. Tal parece que para el erudito extranjero le resulta más sencillo el análisis interpretativo, que para las escasas mentalidades lúcidas en el ambiente de estudios mexicanos, especialistas en ciencias sociales.

De cualquier forma, el mérito descriptivo del libro en cuestión me parece suficientemente valioso como para ver que, pese a esta deficiencia principal del autor, su obra merece la atención en tanto que contribuye al cúmulo de obras de consulta que el amante de las ciencias sociales debe conocer para ampliar la perspectiva revolucionaria de la viabilidad del cambio social en México.

José Alberto Ocampo

LIPSCHUTZ, Alejandro. *Marx y Lenin en la América Latina y los problemas indigenistas*, Premio especial 1974 de Casa de las Américas, Cuba, 1974, 224 pp.

Hombre de nuestro tiempo, marxista, Alejandro Lipschutz ha aplicado sus conocimientos al estudio de la situación y perspectivas futuras de las comunidades indígenas de América. Dentro de esta línea de pensamiento ha publicado: *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje* (1963), *Perfil de Indoamérica en nuestro tiempo* (1968) y *Seis ensayos filosóficos marxistas* (1970). Al concederle por el ensayo que motiva esta nota un premio especial, la Casa de las Américas declaró: "Queremos de este modo rendir homenaje a uno de los más insignes hombres de cultura de nuestra América; a un pensador cuya tarea magistral, en múltiples campos, ha sido reconocida internacionalmente; a una producción de gran calidad puesta siempre al servicio del mejoramiento humano; y al magnífico pueblo de Chile, que se honra teniendo en su seno a Lipschutz, y que en estos momentos padece la vesania anticultural de un régimen fascista. . . Con nuestro homenaje a Alejandro Lipschutz, verdadero ejemplo de intelectual, le hacemos llegar también nuestra admiración, nuestra gratitud y nuestra certidumbre de que en día próximo el pueblo chileno, plenamente liberado, enarbolará su nombre junto al de los grandes creadores de aquel país hermano."

Este estudioso nació en Riga en 1883 y ha realizado en nuestras tierras su meritoria labor intelectual. El ensayo premiado se inscribe en la mejor tradición (renovada) del humanismo que supieron practicar los primeros frailes de la Colonia, como Bartolomé de Las Casas. Se trata de una aplicación nada dogmática y actual del marxismo a los temas del verdadero indigenismo, aquel que propone pautas específicas y socialistas para lograr la liberación de los grupos indígenas, dentro de los marcos más amplios, jurídicos y económicos, de cada nación latinoamericana. En una primera visión, el autor destaca el gran valor científico de las ideas marxistas en el estudio de problemas que afectan directamente a los países latinoamericanos: problema agrario, imperialismo, derecho de las naciones a la autodeterminación. Viene luego el planteamiento de la base doctrinaria que sirvió a la puesta en práctica de la experiencia social realizada en el territorio de la antigua Rusia, respecto a las tribus que viven ahí desde tiempo atrás. La educación en su propio idioma y el conocimiento de la cultura moderna y contemporánea han permitido a los letones, tártaros, lituanos, etcétera, un libre desenvolvimiento material y espiritual, así como la participación en las tareas de la gran nación soviética. Esta experiencia ha conducido a lo que Lipschutz llama "la paz de la tribu con la gran nación", así como "el patriotismo doble" de estas comunidades y de ahí que proponga estos métodos para la liberación de los grupos indígenas latinoamericanos.

Este investigador observa con optimismo las posibilidades de sobrevivencia que muestran algunas comunidades indígenas de América y el mundo. A este fenómeno de persistencia histórica de valores lo denomina "la ley de la tribu". A través del ejemplo de los mapuches de Chile, destaca que en su concepto ellos no perderán sus cualidades al contacto con la sociedad urbana. Con el pañuelo, la minifalda, el libro, la política, la casa con techo de zinc y otros elementos de cultura